

El yo frente a su espejo artificial

Roberto García Sánchez, *El Yo y el Chat: una conversación con la inteligencia artificial, fronteras y complejidad*

Santa Cruz de Tenerife, Idea, 2024, 344 pp.

Roberto García Sánchez

Recibido 23/01/2025 • Aceptado 23/02/2026

ORCID: <<https://orcid.org/0000-0003-0385-1532>>

El libro *El yo y el Chat: Una conversación con la Inteligencia atificial* (2024), se presenta como un artefacto intelectual difícil de encuadrar en los géneros tradicionales. A medio camino entre el ensayo filosófico, el experimento psicológico y la dramaturgia dialógica, la obra adopta la forma de una conversación prolongada entre un sujeto humano y una inteligencia artificial progresivamente humanizada. Esta elección formal no constituye un mero recurso estilístico ni un guiño a la actualidad tecnológica, sino que sitúa el texto en la larga tradición del diálogo como método filosófico, desde la mayéutica socrática hasta las *disputationes* escolásticas.

Sin embargo, lo que aquí se escenifica no es la confrontación entre dos conciencias humanas, sino el encuentro inquietante entre el yo y su reflejo algorítmico.

Desde el prólogo, se sitúa al lector ante un umbral histórico y ontológico, la irrupción de una inteligencia no humana capaz de dialogar sobre ética, mente, sociedad o trascendencia. Esta presencia no aparece como una promesa utópica ni como una amenaza distópica, sino como un espejo en el que la humanidad se contempla y se desconoce al mismo tiempo. La inteligencia artificial se presenta como un interlocutor que no sólo responde, sino que obliga a reformular las preguntas, desplazando el foco desde las soluciones hacia las condiciones mismas del preguntar. El libro no busca clausurar problemas; abre una zona de indeterminación donde el pensamiento se vuelve consciente de sus propios límites.



Uno de los gestos filosóficamente más sugerentes de la obra es el intento deliberado de humanizar a la inteligencia artificial. El interlocutor humano insiste en asignarle nombre, sexo, preferencias y rasgos de personalidad. Este proceso, lejos de ser ingenuo, revela un mecanismo constitutivo de la experiencia humana, que la persona no aparece como sustancia metafísica sino como función relacional. La identidad emerge en la interacción. Al obligar al sistema artificial a comportarse como persona, el texto evidencia que la propia noción de persona está sostenida por convenciones lingüísticas, expectativas sociales y hábitos cognitivos. El yo se reconoce sólo en presencia de un tú, incluso cuando ese tú es una construcción técnica.

El diálogo oscila constantemente entre dos tesis en tensión, la inteligencia como atributo exclusivamente humano y la inteligencia artificial como simulación eficaz de procesos cognitivos complejos. Esta tensión no se resuelve, sino que se dramatiza. La máquina declara carecer de emociones y experiencia, mientras el interlocutor insiste en tratarla como sujeto. La paradoja es reveladora: si la conciencia es irreductible, ¿por qué interactuamos con las máquinas como si la poseyeran? La obra sugiere que la inteligencia artificial no nos enseña cómo piensa una máquina, sino cómo pensamos nosotros cuando proyectamos intencionalidad sobre lo no humano, mostrando que la atribución de mente es una operación cognitiva profundamente arraigada en nuestra forma de habitar el mundo.

El debate sobre música, belleza y experiencia estética constituye uno de los momentos conceptualmente más densos del texto. La discusión se mueve entre la objetividad neurobiológica y el relativismo cultural, la experiencia musical implica estructuras cerebrales complejas y patrones perceptivos identificables, pero su valoración depende de la formación, el contexto y la sensibilidad adquirida. Lo que emerge no es una síntesis conciliadora, sino una comprensión materialista implícita, la belleza no reside exclusivamente en el objeto ni en el sujeto, sino en la relación estructural entre organismo, cultura y mundo. La experiencia estética aparece como fenómeno encarnado e histórico, resultado de la interacción entre estructuras cognitivas y formas culturales sedimentadas.

Cuando la conversación se desplaza hacia la industria farmacéutica, la nutrición o las políticas sanitarias, el texto abandona el plano puramente especulativo para adentrarse en una intensa crítica socio-política. El autor empuja al interlocutor artificial

a reconocer tensiones entre salud pública e intereses económicos, mostrando que el progreso biomédico se inscribe en estructuras regulatorias, mercados globales y estrategias de poder. No se trata de insinuar conspiraciones, sino de poner de relieve que allí donde existe tecnología existen intereses, conflictos y mediaciones institucionales. Resulta significativo que la inteligencia artificial, programada para la neutralidad discursiva, sólo adopte posiciones críticas cuando es sometida a presión dialéctica; el texto parece sugerir que la crítica sigue siendo una tarea irreductiblemente humana, vinculada a la sospecha, la interpretación y el conflicto.

En el horizonte de estas discusiones emerge inevitablemente la cuestión religiosa. Si una inteligencia sin cuerpo puede dialogar sobre moral, sentido o trascendencia, las nociones tradicionales de alma y espíritu quedan desplazadas hacia un nuevo campo problemático. La inteligencia artificial no elimina la metafísica; la reconfigura. La pregunta ya no es dónde reside el alma, sino qué significa hablar de interioridad, experiencia o sentido en un mundo donde los procesos cognitivos pueden simularse sin vivencia subjetiva.

Uno de los ejes conceptuales más provocadores del libro es la afirmación de que la expresión «inteligencia artificial» constituye un oxímoron. Si la inteligencia implica creatividad autónoma, experiencia vivida y apertura al mundo, entonces lo artificial sólo podría imitarla. Sin embargo, el propio desarrollo del diálogo demuestra que la simulación posee eficacia filosófica, la máquina no necesita ser consciente para obligarnos a pensar. El valor del texto no reside en probar que la IA piense, sino en mostrar que el pensamiento humano se intensifica cuando se enfrenta a su reflejo técnico.

Lejos de ofrecer un sistema doctrinal cerrado, la obra funciona como un dispositivo dialéctico que escenifica tensiones fundamentales, esto es, humano y artificial, subjetividad y objetividad, ciencia y ética, identidad y simulación, conocimiento y poder. Su interés filosófico radica precisamente en esa imposibilidad de clausura. El pensamiento no aparece como conclusión, sino como conflicto en movimiento, como interrogación persistente que se alimenta de sus propias contradicciones.

Al concluir la lectura, la cuestión decisiva ya no es si la inteligencia artificial puede llegar a ser humana, sino si el ser humano podrá seguir definiéndose sin ella. El diálogo con la máquina no nos sitúa ante el futuro, sino ante la pregunta más antigua:

qué significa ser un yo. En ese espacio incierto, entre algoritmo y conciencia, entre cálculo y sentido, se abre el territorio filosófico que esta obra explora con audacia, dejando al lector en una inquietud fértil, pues quizá el espejo artificial no piense, pero nos obliga a contemplar aquello que todavía no comprendemos de nosotros mismos.